

EL
ANGEL
DEL
PEREGRINO



por Violeta Quevedo

ESC. TIP. "LA GRATITUD NACIONAL"

**EL
ANGEL
DEL
PEREGRINO**



Escuela Tipográfica
"LA GRATITUD NACIONAL"
SANTIAGO

1935

PROLOGO

Un fuerte impulso de gratitud hacia la divina Providencia me obliga a redactar este librito. ¡Cuántos son los que en estos días de disipación y locos deseos de bullicioso placer no piensan en el más allá... y dejan la oración, que es el seguro resorte para atraer los favores y bendiciones del Cielo, sobre todo, en esa serie de difíciles circunstancias, en que se suelen encontrar los que recorren tierras lejanas.

Tantos acontecimientos verdaderamente prodigiosos no deben quedar en olvido. Aunque parezcan fantásticos e inverosímiles, yo me encuentro en el imprescindible deber de publicarlos, de hacerlos conocer. A ello me lleva no la vanidad, sino la gratitud que debo a la divina Providencia por sus múltiples favores, otorgados en nuestro viaje por las tierras de Europa.

Varios fueron los países que visitamos, pero muy someramente. Nos faltaba tiempo. Ciudades magníficas, monumentos, recuerdos históricos, pasan ante nuestros ojos extasiados, como en una cinta cinematográfica. Y en todas estas idas y venidas se notaba la mano bondadosa de la Providencia que cuida solícita hasta de la más mínima avecula que cruza por los aires. Yo he sentido cerca de mí esa mano, he visto sus efectos, los he palpado. He ahí la razón de este mi libro: Agradecer y

al mismo tiempo aportar mi granito de arena para el robustecimiento cada vez mayor de la fe de las personas que, confiadas, se echan en brazos de la Providencia.

¡Qué atractivo inmenso tenía Europa para mí! ¡Visitar tantas regiones de leyenda, de vida, de progreso.

Se preparaba una peregrinación a Roma, pasando por Francia y Suiza. Aproveché esta magnífica ocasión para satisfacer mis ansias de volver a recorrer esos países. Ya había insinuado a mi hermana la idea de realizar un vaje, inútilmente. Pero ahora se trataba de una peregrinación. El deseo de satisfacer la piedad de ambas y la necesidad que tenía de distraerme por la muerte de mis padres, nos movieron a emprender el viaje.

CAMINO A BUENOS AIRES

Alrededor de unas veinte personas formaban nuestra comitiva. El Trasandino nos trasladaría a Mendoza. De ahí a Buenos Aires para embarcarnos rumbo a Europa. En la estación nos despidió únicamente una prima, amiga nuestra muy fiel.

Al atravesar la frontera sentí que algo me apretaba el corazón: dejaba a mi patria por primera vez, sin mis padres como lo había hecho cuando pequeña.

Ya en Buenos Aires nos dirigimos al hotel "Majestic", donde nos reservaban nuestros alojamientos. Aquí empecé a sentir cerca de nosotras la mano de la Providencia, que yo atribuyo en gran parte a la santa bendición que nos impartió al despedirnos en Santiago un anciano sacerdote muy amigo nuestro, que me dirigía con sus buenos y santos consejos, quien apoyó mi peregrinación. Al despedirnos lloraba emocionado el buen anciano. Hernán Domeyko se llamaba. Su muerte, acaecida no ha mucho, fué envidiable; la de un santo. Hago este recuerdo con cariño y gratitud pues, él fué siempre para nosotras un verdadero guía ya con sus oraciones, ya con sus consejos.

¡Buenos Aires, es todo vida, movimiento! Es una gran ciudad. Anoto un pequeño episodio que me sucedió en ella.

A la hora del té, como a las cinco de la tarde, nos sentamos al lado de una señora argentina, que se preparaba también para una peregrinación a Luján. Poco a poco fuimos intimando y llegamos a congeniar perfectamente. Me convidó a visitar la iglesia del Santísimo Sacramento, que era la que más deseábamos conocer con mi hermana, y con su magnífico auto recorrimos las principales avenidas, deteniéndonos de paso, en algunas tiendas.

La belleza interna de la iglesia me maravilló. Asistimos a una función religiosa y me impresionó muy bien la ejecución imponente de las ceremonias. Con razón se dice que es lo mejor que tiene Buenos Aires.

En la mañana de la partida la buena señora se vino a despedir a nuestro auto. Nuestros compañeros quedaron sorprendidos de tanta amabilidad y cortesía. Nos despedimos quizás para siempre.

VAPOR FLORIDA

Llegamos con la comitiva hasta el muelle del Plata, para embarcarnos. Estaba muy impresionada al ver que era una realidad mi viaje. Sentí con todo, fuerte nostalgia de mi país donde dejaba los restos queridos de mis padres, y tantos parientes, sin ni soñar que en mi ausencia iba a perder a una de mis tías más queridas. Al despedirnos en su regia residencia campestre, mientras me abrazaba mi tío, me dijo: "Ruega en la tumba de San Francisco para que tu tío se vaya de ministro a Roma, pues aquí nos es nada..." y así resultó; pero con qué pérdida. Al llegar a Barcelona, se enferma su señora, mi tía. Agotó todos los esfuerzos posibles por salvarla, inútil. Dios se la llevó.

La travesía me fué muy pesada. La alimentación de a bordo malísima. Esto acabó con mi estómago que venía debilitado desde Chile. Fué un verdadero favor de la Providencia llegar viva al final del viaje.

Nuestro camarote estaba muy cerca de las máquinas del vapor. El calor era asfixiante. Al ver dormida a mi hermana, pálida, haciendo mil gesticulaciones, se apoderaba de mí un pánico tal que me arrojaba sobre ella sacudiéndola fuertemente para despertarla. Ella se me enojaba pero al explicarle lo que me pasaba, me refería lo que a su vez ella sentía, al verme dormir a mí.

Una de nuestras compañeras me hizo este pronóstico, que a Dios gracias, no se verificó: "Su hermana no llega a París".

Por suerte un señor Besa, fallecido ya, exigió del capitán que se nos cambiara de camarote.

GENOVA

Empezamos el itinerario muy desordenadamente. Se almorzó y acto seguido a visitar lo mejor que tiene la ciudad: El Cementerio. ¡Qué de recuerdos nos venían a la mente! Hacía tantos años que habíamos pasado por allí con nuestros papás y hermanos y conservábamos aún el recuerdo. Recordábamos con increíble precisión todo lo que había impresionado nuestras mentes infantiles: los lindos encajes de mármol, los vestiditos de los niños

con sus bordados de porcelana en los brazos de sus madres y tantas otras cosas.

Trabajo nos costó encontrar a nuestros compañeros, pues por querer rezar el rosario, nos habíamos separado de ellos. Visitamos también el cuerpo de santa Catalina de Génova que se conserva en un sarcófago. Está intacto tal como cuando murió. Se vé enteramente negro, como el de santa Clara.

ROMA

Llegamos por fin a la meta de nuestro viaje. El objeto principal era visitar al Santo Padre, y en seguida las grandes iglesias, monumentos, museos, etc.

Nos prepararon para la visita del Vaticano con grandes dificultades. A la puerta había unas damas vigilando la "toilettes" de las que entraban. Como mi hermana tenía el vestido muy corto, yo que soy más grande, tuve que prestarle el mío, y el que yo llevaba lo arreglamos como pudimos. Cada una de las peregrinas debía cubrirse el escote para entrar con decoro y respeto a la presencia del Santo Padre.

Nuestros compañeros no nos habían esperado y nosotras, para llegar a tiempo a la audiencia, tuvimos que tomar un auto. Así y todo esperamos una hora.

A la una entraba en la sala bajo el palio y aclamado y vitoreado por todos los peregrinos reunidos allí, el Santo Padre. Un compatriota chileno le presentó una bandera de Chile. El Santo Padre la recibió benignamente y nos pronunció un discurso.

El obispo que iba con nosotros se encargó de traducirlo, y más o menos fueron estas las palabras: "Los felicito a todos y agradezco que con tanto trabajo, después de un viaje tan largo, hayan venido hasta aquí a ganar el jubileo".

Acto seguido, dirigió a varios algunas palabras amables e impartió su santa bendición. Al despedirnos nos obsequió a cada uno una medalla que aún conservo.

El papa es de regular estatura y de figura muy inteligente.

En Roma visitamos varias iglesias: San Pedro, San Juan de Letrán y la Capilla de la escala Santa, que subimos hincadas,

como se debe, impresionándome sobre manera un compatriota chileno que tenía muy malas piernas. Así era de más mérito su subida. Yo aunque estaba bastante delicada, lo hice de la misma manera.

Visitamos también las catacumbas. El obispo rezó allí, una misa y mi hermana comulgó en élla. Vimos también la iglesia de Santa María la Mayor, donde, con toda solemnidad, nos mostraron el retrato auténtico de la Santísima Virgen, pintado por San Lucas. Noté que se distinguían muy bien sus facciones, y la encontré, sobre todo el óvalo de su cara, muy parecido al de una pariente mía de Chile. Pasamos por varios museos, por el Coliseo romano, con sus respectivos palcos, donde esos bárbaros emperadores presenciaban las torturas y la muerte de los cristianos, devorados por las fieras. También visitamos las galerías de la pinacoteca.

Verdaderamente siento decirlo: "Esta ciudad es para mí incomprendible, le dije llorando a mi hermana; no me agrada. Creo que si volviera sola, me gustaría. Ahora me siento cansada aburrida".

Estas palabras fueron tal vez oráculo, pues, después que nos separamos de la peregrinación, hice que se me proporcionara, aunque con mucho trabajo, otra vueltecita a Roma, y a pesar de mis males, sentía mucho más agrado y pude admirar con gusto la belleza y el arte antiguo, los recuerdos históricos y santos que contiene esa ciudad.

Mi tía nos había recomendado sorprender a una compatriota que vivía en un pequeño castillo, donde había también varias chilenas y algunas parientes nuestras. Fué grande el gusto para nosotras el verlas y abrazarlas. Nos recibieron con unas ricas once, de gran lujo, y nos convidaron a visitar lo que de más interesante había allí: la iglesia de "La Santa Croce".

Pudimos contemplar los vasos sagrados de la primera Cena, las Espinas del Señor y el dedo de Santo Tomás. El religioso que nos mostraba todos aquellos tesoros, estaba sumamente sorprendido, diciéndonos que sólo se mostraban al público en muy raras ocasiones. La misma amiga que nos acompañaba decía que ella, a pesar de vivir tanto tiempo en Roma, no había podido verlos.

Fueron unos primos nuestros a buscarnos y nos llevaron en su regio auto a conocer los alrededores de Roma. Una larga jornada. Mi hermana se cansó mucho; pero estaba interesada en conocer el pueblecito de Frascati.

NAPOLÉS

En Nápoles fuimos muy bien atendidas con una comida que nos dió el cónsul, yerno de la señora Valdés que nos había recomendado. Nos consta que desempeña muy bien su puesto de diplomático.

Conocida la ciudad, seguimos a Pompeya. Allí convidé a mi hermana para conocer el santuario de la Virgen del Rosario o sea Nuestra Señora de Pompeya, a quien siempre he tenido gran devoción. Mi hermana accedió con gusto.

En medio de la iglesia estaba la hermosa Virgen, vestida de gran gala... la Reina del Santo Rosario. Creo que era de perlas o diamantes el rosario que tenía el divino Infante en sus manos.

¡Maravillosa capilla! Fuimos con los peregrinos a conocer las famosas ruinas de Pompeya. Aún se conservan los esqueletos como estaban en los momentos de la erupción del volcán.

Es emocionante de ver tanta osamenta y la postura que conservan aún, los hombres, los niños y los animales. Fué larga esa recorrida. Allí compramos recuerdos de la basílica para traer a Chile.

MONTE CASINO

Fué fundada en la cumbre de esa montaña por San Benito en el siglo VI. Al pie está la ciudad de Casino, a medio andar entre Roma y Nápoles. El camino de la abadía sube por entre rosas y plantaciones de olivos. De arriba se goza de vista grandiosa sobre los valles y montes vecinos. La iglesia abacial, muy hermosa, es una joya ejemplar de estilo barroco del siglo XVII. En el mismo sitio San Benito construyó una iglesia, después de haber destruído el templo dedicado a Apolo. Estableció allí la vida monástica y escribió su regla por la que se rigen los Be-

nedictinos. Fué sepultado en la cripta de la iglesia abacial. A poca distancia se muestran las habitaciones del santo, en la parte más antigua del inmenso monasterio.

Rige hoy día el monasterio de Monte Casino un abad que es también el obispo de toda la comarca. En la Abadía viven unos cuarenta monjes. Hay además un colegio para niños de la aristocracia italiana y un seminario para la diócesis. Comprende la abadía departamentos para alojar peregrinos y también un observatorio astronómico. La biblioteca posee manuscritos antiquísimos de gran valor. Para mí fué una verdadera dicha haber conocido esta abadía. En esa orden entró un pariente mío que tuvo la gentileza de darme estos detalles y relatar lo que vimos a los peregrinos chilenos.

Volvimos a Roma para seguir visitando iglesias y monumentos.

MILAN

Aquí conocimos la tumba de San Carlos Borromeo, el Duomo de Milán que es la Catedral. Contiene 3600 estatuas.

COMO

Llegó nuestro grupo de peregrinos a este lago en una lanchita, pues el señor obispo que encabezaba la peregrinación, traía de Chile un saludo del convento de la Visitación para esa casa. Se llamó a la madre superiora, una amable ancianita, maestra que fué de la santita Benigna Consolata, monja de ese convento. Recuerdo perfectamente la charla que tuvo con el obispo. Como yo sabía bastante bien el francés, aunque ella habla con gran dificultad, se lo entendí muy bien. "Benigna Consolata solía decir a menudo que la falta de confianza en el Señor era lo que más hería su corazón, y el mayor agravio para El, era no echarse en sus brazos y no confiar en su infinita misericordia, aunque se hubiese caído en las más grandes faltas".

VENECIA

Su originalidad es vivir entre las aguas. Toda lo movilización tiene que hacerse en lanchitas y góndolas.

Conocimos allí la gran iglesia de San Marcos. Vimos con mi hermana el gran reloj de fierro que tiene un hombre dando las horas; un lindo palomar donde los peregrinos acostumbran retratarse entre un círculo de palomitas. Conocimos también la gran fábrica de vidrios y porcelanas finas. Casi todos los compañeros compraron lindas estatuas, servicios de comedor de gran valor; pero nosotras, no siendo estos gastos adecuados a nuestros bolsillos, no lo hicimos y nos cotentamos con ver las viviendas de las reinas, figurándonos de estar en casas de hadas, como en los cuentos de niños.

SAN FRANCISCO DE ASIS

Aunque este resumen no esté muy en el orden de la jornada, pues, estoy haciendo el compendio de todo lo que únicamente recuerda mi memoria, no deseo pasar por alto algo interesante.

Estuvimos alojadas en el hotel Subasso muy cerca de San Francisco. Nos recibió el dueño de allí muy amablemente, al saber que éramos sobrinas del embajador chileno en Roma, a quien él apreciaba.

Comulgamos en la misma tumba del Santo. Pedí que se realizara el viaje de mi tía con su esposo, el mismo que antes de partir me dió esa comisión. Tristes designios! ¡Fué increíble lo que sufrí con el fallecimiento de mi tía al llegar a Barcelona, pues estaba en mi programa el volvernos con ella! Su carácter, su bondad, y su inteligencia la distinguían mucho. Era eminentemente práctica en sus obras de caridad. No era de aquellas personas que creen hacer mucho con sólo teorías y buenas razones. . . Cuando supe su muerte, por poco no perdí el conocimiento. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Visitamos allí el pequeño cuartito donde la madre del santo dió a luz al gran San Francisco y todos los edificios interesantes por su antigüedad.

Nuestro viaje era una carrera. Arregladas nuestras maletas me quedé desde mi aposento contemplando el maravilloso paisaje, sin soñar que me iban a recibir en las astas mis compañeros de viaje, en el auto. Yo les alegué su apuro en partir, sin dejar ni un momento para contemplar esos panoramas vistosos de los campos de Asís.

¡Qué deseos de extraviarme de la comitiva para poder quedarme unos ocho días allí; pero no era posible. No tuve más que subirme al vehículo y decirle adiós a esa linda y pintoresca ciudad de Asís, donde también visitamos la capillita de los Angeles, privilegiada por el Santo para ganar el jubileo de la Porciúncula que todos tratamos de ganar. Conocimos el convento de Santa Clara, su famosa silla, su tumba donde la tienen de cuerpo presente y a la vista de los visitantes sin embalsamar. A pesar de lo negrita que se ve se conserva muy bien.

Este santuario era un Edén de paz y tranquilidad. Doy por bien empleada mi querella, pues, demostré con ella que había sabido apreciar lo bello de allí y sentía dejar ese santuario, quizás para ya no volver a verlo más.

LOURDES

Esa misma noche nos separamos de los peregrinos, pues habíamos cancelado nuestro pasaje. La despedida que nos dió el vagón fué ruda. Nos hizo pagar carísima la última noche. A nuestro compañero, un caballero chileno, se le pintaba la indignación en el rostro; pero nada decía, tratando sólo de hacernos menos molesto el viaje.

Mientras estaba en el correo, tuve una grata sorpresa. Me encontré sin sospecharlo con un primo nuestro. A ambas nos convidó a una espléndida comida en el hotel de la Grotte.

El iba para cumplir una manda a fin de que se realizara un matrimonio. Desgraciadamente no consiguió lo que pedía. Tuvimos tanto gusto de verlo en tierras extranjeras, sobre todo encontrándolo tan amable y cariñoso. En la misma noche nos fué a dejar al convento de las monjitas Bleux. Allí también él comulgó...

Desde Chile íbamos recomendadas por el P. Victor, que ya murió, para alojar en el convento de las Soeurs Bleu o sea las Monjitas Azules de la Inmaculada. Tienen un hermoso convento donde pasamos días de cielo con mi hermana, que deseaba a toda costa vivir allí, hasta que visto que mi salud y los terribles fríos, pues era algo de imposible resistir aquello, tuvimos que apresurar la partida.

EN LA BASILICA DE LOURDES

Todas las mañanas íbamos con Sofía a la Gruta de Lourdes a oír la Santa Misa. Contemplábamos en el camino los bellos y pintorescos paisajes que solamente la Divina Sabiduría pudo haberlos delineados con tanta perfección.

Una se queda extática mirando asombrada aquello y no es capaz de describirlo. Sencillamente diré que a ambas nos encantaron esos bellos paisajes, que el pintor más sabio, ni con todo su talento, ni con su ingenio, podría copiar, ni imitar siquiera; pues esos coloridos, esos matices, son obra únicamente de una mano celestial.

Salíamos con el sol resplandeciente, a pesar de un cielo glacial. Por la poca costumbre de las lluvias traicioneras de los países europeos no se nos ocurría proveernos de paraguas.

Un día, estando ya en la Gruta y mientras oía la misa comenzó a llover con tanta fuerza que quedamos empapadas. Al vernos en ese estado, el sacristán, un buen hombre, compasivo, comprendiendo que éramos extranjeras, nos franqueó un camino como privilegio especial. Era un pasadizo que se comunicaba con la Basílica, y así no nos mojábamos tanto.

Al otro día nuevamente nos olvidamos y volvimos a salir sin paraguas. De pronto se nos desencadenó una lluvia torrencial. Yo quedé enteramente mojada; pero me dije: "Ya sabré como hacer, me pasaré por donde me enseñó el sacristán". Aquí sucedió algo inesperado que yo atribuyo a la protección de la

Santísima Virgen y que podría considerarlo como una gracia de esta Madre.

Abrí la puerta y me interné por el subterráneo por donde el día anterior el sacristán me había guiado; caminé por un corredor, por otro... nada; aquello no tenía salida ni tampoco sabía volver atrás.

Encontraba todas las puertas cerradas. Estaba tan cansada que ni se me ocurrió pedir auxilio y me senté en las gradas de mármol.

En esto llegó el sacristán como un ángel enviado del cielo. Al verme exclamó: "Que faites vous ici Madame?" Sorprendido en extremo decía: "Créame, señorita, que es algo sorprendente su suerte que yo haya pasado por aquí, pues vine únicamente para buscar unas llaves que había dejado olvidadas y corrió riesgo de haberse quedado encerrada tres o cuatro días aquí sola" "Como ayer, le dije, me pasó por aquí, creí que se podía transitar siempre, pues estaba tan mojada"... "Sí" me replicó "ayer yo la llevé para hacerle un favor. Esto está siempre clausurado". Entonces comprendí mejor el favor recibido.

Mi hermana que no sospechaba la causa de mi demora, al oír lo sucedido, quedó también maravillada y creyó ver en ello una gracia del cielo.

Visitamos la casa de Bernardita. Nos bañamos en la piscina que esaba helada como hielo. Mi hermana lo hacía por sus débiles miembros y yo por mi estómago. Tal vez ello contribuyó a que yo no me empeorara más.

La Gruta la encontré muy parecida a la copia que existe en Santiago. La imitación es muy buena. Lástima grande que no nos haya tocado alguna romería. Dicen que son imponentes.

Conocimos a la familia de Santa Bernardita, a su hermano llamado Bernardo. Le regalamos entre otras cosas, una capa que mi querida tía fallecida poco tiempo después, había obsequiado a mi hermana. Era de angelical dulzura, de ojos azules. Me dió su retrato con su firma en varios santitos de su santa hermana. Había nacido 14 años después de las famosas apariciones. Ella fué su madrina. Nos despedimos de él. Mi hermana le dijo: "¡Hasta el Cielo". Efectivamente, pues a los

pocos días de llegar a nuestra patria supimos por el diario que el hermano de santa Bernardita había muerto.

SAN SEBASTIAN

Uno de los puntos de mi programa excursionista era ir a visitar a mi primita, novicia de las Catequistas de Aspeitia.

Desde el mismo Lourdes le escribí pidiéndole alojamiento. Llegó atrasada su contestación. Nos fuimos directamente a San Sebastián. Allí mi hermana quiso alojar en un convento. Nuestra estadía allí no fué muy apacible. La monjita nos hizo conocer las playas y no encontré otra cosa de mayor interés. Nos informamos como podíamos trasladarnos a Aspeitia. Tomamos las gondolitas adecuadas y llegamos al lindo noviciado de las Catequistas que fueron las más amables de nuestras extranjeras. Nos improvisaron unas ricas once en su regia casa. Yo le decía a mi prima Marta que era ella la mejor establecida, pues parecía estar en un verdadero castillo; pero los altos designios de Nuestro Señor no eran esos. Por razones de salud volvió a Chile. Después de muchas pruebas, dificultades, contradicciones, actualmente con una salud más o menos regular, tiene el hábito en la Cisterna donde está de Catequista. Estaba encantada de vernos. Se sentía algo impresionada y tenía como un presentimiento mi hermana, más tarde le escribió convidándola cuando nos volvíamos a Chile; pero ella se vino con sus hermanas de profesión después.

El convento era precioso, lo mismo la capilla.

En la ciudad de San Sebastián fuí sola a conocer un Santuario que me dijeron tenía un Cristo milagroso, parecido al Señor de Mayo de San Agustín, llamado el "Cristo de Lezo"

Me sucedió algo curioso. Como no sabía el camino, iba preguntando y todos me respondían: "En donde termine la "carretera" allí es. "No comprendí lo que significaba eso de "carretera", y andaba y andaba... mas no veía ninguna carretera... hasta que por fin averigüé. Esto en España significa "camino". Allí recé delante de ese Cristo muy antiguo y también traje una imagen.

SAN IGNACIO

Al lado del noviciado de las Catequistas estaba la hermosa casa de San Ignacio de Loyola, transformada en un verdadero museo religioso. La iglesia es magnífica, rica en reliquias, adornos antiguos, etc. Hice tocar mi Santo Cristo con todas las reliquias. Nos mostraron el lugar donde se le apareció la Santísima Virgen al convertirse el santo. La capillita, ataviada con las mejores joyas, tenía su historia. Aún se conservaba en los altos de una pared el humo de hollín, recuerdo de la cocina de la casa del Santo. En la pieza que se cree era el lugar de oración hay un altar de oro. En otra se conservan las reliquias de los santos de la Compañía de Jesús, puestos en especies de hornacinas.

Al venirme, mandé decir en esa misma casa una misa por mi mamá, que había sido tan devota de San Ignacio. Al poco tiempo de mi llegada a Chile sufrieron estos santos religiosos persecuciones y destierros de sus conventos; pero ignoro si esta casa de tantos recuerdos la hayan también destruido.

Estando en el hotel comprando algunos recuerdos, imponiéndose la señora de nuestros apellidos, se interesó y nos relató la despedida de unos parientes nuestros, que en ese mismo sitio se despidieron dándose un adiós para siempre, dejando su estado de matrimonio y entregándose a Dios para siempre cada uno en un convento.

Caso muy raro y que se ha prestado a muchos comentarios, pues actos tan sublimes y raros son verdaderamente incomprensibles para el mundo.

LIMPIAS

Mi hermana y la monja donde vivíamos me insinuaron que conociera el Cristo de Limpias. Tomamos el tren después de algunos altercados. Ibamos a esperar el Año Nuevo en ese lugar y llegamos cabalmente la tarde lluviosa de fin de año. Se preparaba la misa de doce. Mi hospedaje quedaba frente a la iglesia. Ese día de lluvia torrencial, me confesé y comulgué en la misa de doce. Yo sólo, pues mi hermana prefirió quedarse

para la misa de la mañana. Allí nos repartieron en el comulgatorio a cada uno su papelito con el Santo Protector del año. A mí me tocó el Sagrado Corazón con Santa Margarita María Alacoque.

Al entrar a la capilla y al mirar el Santo Cristo, lo confieso, tuve miedo, pues había oído decir muchas veces que miraba airadamente. A mí, gracias a Dios, no me sucedió nada y hablando con el sacerdote de allí, me dijo que a él en tantos años nada le había tocado ver.

Traje recuerdos e imágenes tocadas en el Santo Cristo de Limpias, pues lo descienden de su altura para tocar los objetos en El.

HACIA FRANCIA

Recorrimos varias ciudades francesas. En francia puedo decir con verdad, aprendí a vivir mucho, pues los franceses no miran bien a los chilenos. A menudo lloraba, siendo así que muchos me creían compatriota de ellos. Mi hermana a pesar de mis penas, me hacía reír, pues, sus rencillas con los franceses eran cómicas. Contaré una anécdota.

Fué mi hermana a hacer arreglar unos zapatos. No estaba conforme con el arreglo y empezó a querellarse. El francés me llamó a mí, diciéndome que mi hermana no lo entendía. Comenzó una de dimes y diretes. El gabacho furioso tomó un cuchillo e hizo ademán de rebanar los zapatos. Mi hermana ya tranquila, le dijo en francés: "C'est bien vous dever aller vous confesser". El zapatero también él más calmado respondió: "Elle ne pas mechante cette dame lá". Yo casi me moría de risa.

Así como esta nos sucedieron varias otras polémicas.

PARIS

Tráfico ferroviario de Francia y sus admirables manejos de los chauffeurs franceses, y orden de los autobuses.
Palabras de aplauso merece este sencillo relato, pues aunque

si evidente era la Mano Divina que dirigía esta audaz excursio-
nista, no puedo menos de facilitar a los franceses con su buen
orden en la movilización en el tráfico por las calles de París, y
que serán de recuerdo a un mismo tiempo de gratitud a Nues-
tro Señor y de inolvidable recuerdo por su Protección.

Llegando a París había oído decir la movilización en los
metros era mas barato y como podía aunque sola (creyendo
era bastante poseer el francés) me fuí allí, para hacer mis courses
como se dice en Francia. Por primera vez veía estos inmensos
carros o trenes eléctricos y sentí nada más que una impulsión el
retenerme al bajar allí por los rieles pues no tenía nadie a quien
yo veía para retenerme... pues el ángel era invisible pero sin
embargo me sujetó por su santa inspiración... de hacer un dis-
parate semejante o caer en una muerte segura... pues después
como fuí viendo y aprendiendo como subían las francesas
con una ligereza y agilidad vertiginosa y contando mis de-
seos me dijeron "Si Ud hubiese bajado abajo del subterráneo
se habría electronizado". Favor admirable de Dios pues yo no
sospechaba, acostumbrada en Santiago a pasar las líneas y tomar
los carros.

A los dos o tres días le dije a Sofía. Tengo muchos que-
haceres en las tiendas y por el centro y como tú eres menos ágil
no quiero molestarte y será mucho menos complicado salir sola.
Llegué a l'Avenue le l'Opera en la mañana temprano precisa-
mente en el momento que el "silbido" anunciaba la partida de
los autos.

Llevada como por un resorte me introduje en medio del
torbellino de autos que creo no ponderar al decir eran miles a un
mismo tiempo.

Con una confianza, absoluta así como anda el ciego que
no vé el peligro y el niño inconsciente de sus actos atraveso
por esta aglomeración y mirando de hito en hito que podía su-
cederme en este eminente peligro y en ese montón de autos con
una carrera, vertiginosa que en mi vida olvidaré.

Hasta ahora recuerdo el gordo mofletudo colorado ga-
bacho que estuvo, mas cerca de mí, me insultó hasta que le
dió puntada pero yo con mucha calma ni le entedía y manejó
con una diestrura tan admirable para evitarme la muerte se-

gura que por primera vez vi estos insultos eran muy merecidos y merecía este gran chauffers una verdadera medalla de oro por haberme dejado sana e ilesa; en mi país no habría sabido contar el cuento. Esto pasó como vuelo de pájaro y quedé verdaderamente asustada de un favor tan Celestial. Si mi hermana Sofía hubiese estado conmigo habría perdido el control y con los sustos que la caracterizan la habrían hecho trizas. Todo fué para mejor. Después pregunté yo el motivo ¿porqué los chauffeurs se apresuran de esa manera por evitar las desgracias? cuando en mi pobre Chile parece sienten gusto y regocijo en atropellar y matar al que pueden y tan amenudo y se me dijeron estas palabras. Es que aquí señorita la primera lección en el exámen del aprendizaje es si acaso atropellan un transeunte se les cobra una gran suma de dinero. Entonces ya comprendí todo y aquí en mi país ni siquiera los toman presos y los dejan libres para que sigan luego con otra víctima. El orden en los autobuses se debe también mencionar. Muchas veces estando llenos quise subir pero si estan completos; hacen los jefes que se tomen unos boletos de papeles y se va por números y aunque llegase el rey no pasan. . . alegar es inutil y apesar que veía había capacidad para que entrasen parados desahogadamente 3 o 4 personas mas. . . y en cambio pensaba yo aquí por una moneda de 20 c/v se ponen en los autos en las ruedas y en los carros hasta en sus pisaderas, una aglomeración salvaje que ocasiona muchas veces las epidemias y sufren la mayor parte de ellos serios accidentes. ¡Qué diferente es nuestra mentali-

Recorrimos algunas de sus hermosas avenidas, les Champs Elisées, etc.

En un hotelito de mala muerte, en que alojábamos, en la Rue Hamelin nos encontramos con un inglés, quien nos invitó a mí y a otras personas a visitar la torre de Eiffel, la que escalamos hasta la cima. La gente desde esa altura se veía como verdaderas hormigas y moscas. Desde allí recordaba yo la torre de Babel, pues abajo, la ciudad y las personas aparecían en una verdadera confusión. Sofía no quiso subir.

Las tiendas de París son monumentales y de tantas separaciones y "rayons" que una se cansaba. Me retiraba sin poder comprar, pues, me sentía desfallecer y emborrachar con los

edificios y las enormes vueltas. Pequeño encuentro el comercio chileno comparado con los grandes Magasins franceses.

EL CLERO FRANCÉS

No puedo pasar por alto párrafo de tanta importancia en nuestro viaje.

Creo no equivocarme al decir que lo mismo piensa mi hermana, a pesar de nuestros diferentes caracteres.

Cuál de todos los sacerdotes franceses era más bueno, benévolo y paternal.

Cuando veían que estaba triste, su palabra de consuelo era siempre: "Courage mon enfant".

No tengo palabras para recordar al capellán del hospital y no sé como agradecerle su benevolencia. Aún tengo el remordimiento de no haberme despedido de él. Lo siento infinitamente.

En Bélgica acusando a un niño que me fastidiaba en el momento que tenía una fatiga, me defendió un sacerdote de tal manera que ya el chiquillo no se atrevió a mirarme, ni menos a pedirme limosna. El mismo clérigo me dijo que él no tenía permiso para pedir limosna.

El recuerdo más agradable lo conservo de mis confesiones de Francia. A menudo pensamos con mi hermana: ¡Qué bueno sería irse allá para confesarse con esos sacerdotes que tienen tan clara mentalidad.

Me tocó confesarme en varios idiomas, aunque de algunos bien poco sabía, como italiano. El Padre me tranquilizó diciéndome que me había comprendido.

UN SUEÑO

Recién fallecida mi mamá, estábamos en una residencia de mala muerte con mi hermana en la calle de Santo Domingo y una noche soñé algo que después se verificó.

—Anoche soñé, le dije a mi hermana, que alguien me pregun-

taba: Cuando arreglen sus intereses, ¿qué van a hacer? Oí esta respuesta: Tú vas a vivir dos meses en Lisieux y tu hermana te acompañará, se llevará en las ventanas mirando y comprando obsequios para regalos”.

LISIEUX

Viendo tantas dificultades, mal alojamiento, estando en pésima salud y con un hospedaje carísimo en París resolví escribir a Lisieux a la hermana de Santa Teresita, la Madre Paulina, que es la Superiora; esta me contestó por su orden recomendándome un alojamiento “El Hermitage”.

Nos trasladamos. Mi hermana estaba en su centro, yo también; pero no tanto como ella, seguía mal de salud.

Comenzamos a visitar todo lo que había pertenecido a la Santita. Fuimos a los Buissoniers, la casita donde había vivido con su padre y sus hermanas. Era una monada. Allí se muestran y se conservan sus juguetes de niñita chica; un catrecito de bronce de muñecas y otras cositas. Hay en el jardín una estatua de hierro de ella con su papá que representa la escena en que le pidió el consentimiento para hacerse Carmelita, y allí le fué otorgado. También se muestra el cuarto que tiene la copia de la verdadera Imagen de la Virgen “Notre Dame des Victoires”, o sea la “Vierge de Sourire”, que yo también traje del mismo Lisieux. Conocimos allí también el convento en donde se educó la Santita; conversamos con su maestra, la madre Gertrudis. Esta era ya anciana; pero bastante bien conservada. Nos habló algo de la Santita. Dijo que era de carácter muy sensible, y por todo, siempre lloraba. También estuve a ver el comulgatorio donde por primera vez recibió la comunión. ¡Qué dichoso sería ese día para los ángeles del cielo, pues había recibido en su corazón al Señor Rey de los reyes esa niñita de alma celestial!

Ibamos todos los días a la capilla con mi hermana. Allí está la chasse donde se conservan sus huesos bajo una hermosa imagen de cera; no como tienen a Santa Clara de Asís, al natural, que no hace buen efecto, sino por saber que es una

reliquia de una Santa. Había una afluencia tan grande de peregrinos que la Capillita se hacía pequeña para tanta muchedumbre.

Con mi hermana oíamos muchas misas al mismo tiempo rezadas por padres de diversas nacionalidades, pues venían hasta del Africa y de la Grecia.

A estos últimos vi dar la santa comunión por diferentes especies de Pan y Vino. Se podía también comulgar así. El vino lo administraban con una cucharita; esto se efectuaba después que el fiel recibía la santa Hostia. Quise yo también comulgar de la misma manera, pero como yo no había advertido con tiempo no me la podían dar pues allá hay mucho orden en este sentido. A más de que las santas especies no se pueden dividir. A pesar de todo, algunas veces fuí atropellada por las francesas al ir a comulgar en esos altares privilegiados.

Un día me sucedió algo curioso que yo atribuyo a un favor de Santa Teresita, dadas las circunstancias como se verificó. Estábamos con mi hermana como de costumbre, oyendo las misas que eran tantas como "lluvia de rosas" Ella oía la suya en el altar de San José; con otra francesa habían pedido la Santa Comunión para las dos. Yo me fuí por casualidad a oír también esa misa; pero aún no iba a comulgar, si bien deseaba hacerlo después, motivo por el cual no di aviso.

Llega el momento de la comunión y se acerca mi hermana a comulgar; en ese momento desaparece la persona que había pedido la otra partícula, yo miré al sacerdote y cual no sería mi asombro, al ver que el mismo padre con la Santa Hostia en las manos me llama. Titubeé un momento, pues aún no estaba preparada. Mi hermana me dijo:—"Anda en el acto". —Yo pensé:—"Tengo que ir a ese Convite Divino". Mas falta habría sido no aceptar esta invitación.

¿Cómo adivinó el padre que yo estaba en ayunas y que iba a comulgar? Este hecho me dejó profundamente confundida, pues en él veía yo la bondad divina que así satisfacía un ardiente deseo mío.

Conocí el cementerio donde había estado enterrada la santita y toda la familia Martín. También fuí a conocer la iglesia de la Santa que estaba muy atrasada aún; pero que dejaba com-

prender su grandiosidad en todos sus detalles, de grandes fierros, armazón... ya creo que debe estar terminada.

El contratista del templo que por casualidad se encontraba allí, nos hizo el favor de acompañarnos a mí y a una francesa, que deseaba como yo, ver esa construcción. Este nunca lo hacía, por lo que me consideré privilegiada y sumamente agradecida a tal favor. Nos mostró todos los lugares, contándonos los sitios señalados para la iglesia, para el convento, y muchas otras dependencias que no recuerdo bien.

A mi bajada dos personas me aseguraron que yo volvería en seis años más. Yo no lo sé; pero me han pasado cosas tan raras, que no me llamaría la atención si dentro de seis años volviera por esos lugares. Dios únicamente sabe todo el presente y el porvenir.

De allí escribí a una amiga chilena, la Duquesa de Descars llamada Teresa, que me recibió en su palacio, mostrándome su lindo castillo. Me invitó a almorzar en su casa y me envió al doctor Carnot, que fué el que se opuso en hotel Dieu a que me hicieran la operación. Quedé muy agradecida a la compatriota chilena.

Entre mis idas y venidas de vuelta de Liseux o de Paray-le-Monial no recuerdo bien me pasó algo tan asombroso, que no puedo dejar de recordar y agradecer a mi buen Angel Custodio.

Llegaba como a las doce de la noche mas o menos a París a la rue Hamélin y venía sola cargada con una maleta que era para mis pocas fuerzas, tan pesada que verdaderamente estaba asustadísima... y más viéndome en París que no son como los ingleses sino que les caracteriza su carácter tan egoísta.

Cual no sería mi estupefacción al presentármese un joven francés como conserge, tan buen mozo como bueno, y me dijo: "Yo le llevaré esa maleta, señorita, a su casa". "Je n'ai fait avec personne ca". Le añadí, en mi bolsa casi no llevo dinero (teniendo miedo que quisiera hacerme el favor por interés a los francos o sous). Me dijo que no tenía el menor interés al dinero... pero que el mismo no se daba cuenta porqué había tenido esa inspiración de llevarme ese bulto y que no me preocupara, pues me lo llevaría a mi misma casa. Bendito sea Dios

como vela por sus creaturas el mismo no se daba cuenta que la Providencia en estas circunstancias hacía mover los corazones y en el semblante y el cansancio demostraba tenía necesidad de amparo.

Le dí un millón de gracias y me despedí de él con toda amabilidad y se contentó, pues lo hacía sin el mayor interés con un franco no más y que era en esos tiempos una suma pequeñísima, que le dí por gratificación.

DAUVILLE

Habíamos permanecido como dos meses en Lisieux, pero viendo las dificultades que se me presentaban por mi mala salud y la mala alimentación, resolvimos con mi hermana irnos de allí.

Eramos muy amigas de una simpática francesa Marguerite Vacher. Ella quiso pagarme un vestido que yo le había hecho llevándome en su auto a Dauville. Ella misma vino en nuestra busca con su esposo, un amable caballero. Yo les he quedado muy agradecida y todavía los recuerdo con afecto.

Ellos mismos nos ayudaron y nos dejaron instaladas felizmente en un chalecito muy dije, que lo encontramos parecido a la casita de Santa Teresita de Lisieux. Allí permanecimos como diez días.

Creyendo fortalecerme cometí la imprudencia de bañarme en el mar. Esto me hizo mal y estuve gravísima.

Ibamos a las tiendas y a una linda capillita que tenía un precioso parque por donde se llevaba al Santísimo en procesión. Esto me hacía recordar las procesiones de las monjas de París en Les Oiseaux. Cuando éramos niñas nos había puesto mi mamá a las tres en ese Colegio.

La iglesia se llamaba de San Agustín. En sus puertas nos sacamos con mi hermana una fotografía.

Hicimos excursiones a las cercanas playas de Trouville, tan llenas de recuerdos de mis parientes, pues a ellas solían ir a menudo. Aquí me bañé y como despedida de esos baños me tomó un fotógrafo un retrato a pesar de mi resistencia. Lo conservo, pues está muy bien tomado. Los fotógrafos franceses trabajan

muy bien y se parecen bastante poco a los nuestros que recorren las plazas y paseos.

Lo que más sorpresa fué para los franceses que habiendo perdido mis tijeras en la arena, después de muchas risas y desconfianzas de ellos, encontré las tijeras perdidas en la playa, donde íbamos a coser con mi hermana.

EN BELGICA

Tanto oíamos hablar y consejos por todos lados para la vida económica que nos fuimos con Sofía a Bélgica. Fracaso igual imposible de describir.

Llegamos a un hotel Catolique cuyas francesas querían explotarnos bien; total nos aconsejó el anciano caballero D. Ramón Larraín Plaza que estuvo, a pesar de su ancianidad muy amable nos quedásemos por ese precio. Pues todo era carísimo.

La única casa linda de allí era la de él; como un verdadero palacio.

Tuve que hacer una recorrida a París y como no llevaba bien arreglado mi pasaporte en la Frontera de Teegrey estos bárbaros de franceses conociendo era extranjera me hicieron devolverme 2 veces a Bélgica, sin probar bocado como doce horas. Unos franceses me tuvieron lástima y me dijeron. A nosotros nunca nos piden los pasaportes es que calcularon Ud. era extranjera. Me volví llorando de enferma y cansada. Mi hermana con la tranquilidad de esta ciudad estaba encantada y quiso permanecer allí; pero yo le dije no quedaba un día mas... y esta quiso cambiarse conmigo y por Providencia como éramos sobrinas de la señora A. Errázuriz nos alojaron admirablemente por unos días en el Cenacle que pasamos días de Cielo; llorábamos al despedirnos de la Madre que nos trató tan bien. Conocimos allí la linda Catedral de Santa Judilia y todas las calles tienen nombres de santos como Rue Chemin de la Croix. Rue des Sept Douleurs, Getsemani etc. . . . eso era lo distinto a otros países.

PARAY LE MONIAL.

Aprovechando un descuento que se hacía para viajar los días de Pascua nos fuimos con Sofía a este Santuario.

Creíamos estar tranquilas unos 15 días, pero me sucedió un caso rarísimo.

Ibamos con mi hermana al Santuario donde se apareció el Corazón de Jesús a la Santa Margarita de Alacoque pero yo encuentro no tiene el menor parecido con el de aquí. El padre que nos confesaba santo y paternal nos trató con dulzura y amabilidad y en la capillita muy piadosa figuran todos los estandartes y también nuestra bandera Chilena y se ve a un lado la Santa Margarita en su urna. Hablé también con las monjitas de la Visitación que enviaron conmigo hojitas de propaganda de la Hora Santa.

Aquí describo lo sucedido con la monja del Cenacle.

Esta me perseguía noche y día diciéndonos nos haría "una retraite" por su cuenta y riesgo. Me persiguió de tal modo que no me dejaba tregua para salir noche y día y me tenía asustada, tomándole yo un hastío muy grande.

"Sofía, le decía yo, allí viene la monja a perseguirme". Como eran los días de semana santa tuve que reconciliarme con el padre. Este se admiró de la idea de la monja por tal motivo tuve que adelantar mi vuelta a París.

En Paray le Monial me perfeccioné en la costura, pues me hice amiga de dos francesas, a pesar del secuestro que tenía por parte de la monja insistente. Se enojó tanto cuando nos vinimos que no nos daba la cara. Deseaba que mi hermana viniese a Chile para arreglar la dote. Se había ya formado sus planes y tuviese o no vocación, a ella no le importaba. Era divertida su idea; pero a mí me molestó sobre manera.

Estuvimos también varias veces en el *Criste Roi*. Allí nos suscribimos para las misas de los Viernes de Paray.

De Roma, una amiga chilena me mandó dinero para que la suscribiese también a ella.

El padre que allí estaba, nos dijo que volveríamos. Dos

veces volvimos efectivamente; pero no sabía asegurar por la tercera vez. El sacerdote aquel era muy bueno y bondadoso.

Estuvimos en la capillita dedicada al padre Colombière, jesuíta, confesor que fué de Santa Margarita. Allí se venera su cráneo, puesto a la vista del público para este motivo. . . La capillita es modesta; pero están construyendo al lado una más grande, de la que traje una tarjeta con el plano. Ya creo estará concluída, pues se veía muy adelantada.

A muchos chilenos, amigos y parientes, inscribí para las misas que se dicen los Viernes en el altar de las apariciones.

No se parece al Paray le Monial de Santiago, al revés del Santuario de Lourdes.

NEVERS.

Era imposible para mí, estando de camino, no pasar una noche y visitar la ciudad donde se hizo monja Bernardita.

Como mi hermana no se entusiasmó la dejé a mitad del viaje, pues seguía a Vichy.

Llegué medio muerta de cansancio derecho a la casa de las monjas de Nevers.

Me recibió una simpática hermanita, llamada Victoria, y, al decirle que era chilena y me venía alojar allí, se rió y me dijo:

—“No es la única que haya deseado esto, pero aquí no puede alojar, añadiendo: “Vous avez l'air trop fatiguée”.

Ella misma me mandó al hotel Blanc, donde por ser recomendada de ella me atendieron muy bien y barato.

“Demaine venes a la chapelle” me había dicho y efectivamente fuí al otro día. Me confesé y comulgué en el santuario de Bernardetta.

La tienen exactamente como a Santa Teresita de Lisieux, en figura, parece de cera.

Después me hicieron acompañar por una niñita, que me condujo a la tumba de la Santa, como también el convento con sus grandes huertos. Me mostraron sus reliquias. Allí compré muchísimas estampas y su libro; todo lo conservo.

Hace poco tiempo que tengo una parientita con ese simpático nombre. Esto me hace recordar que tuve la dicha de conocer todos los lugares en donde tuvo sus apariciones, lo mismo que al hermano y el convento en donde murió.

En Nevers no vale la pena ver sino esa casa de las monjas

LAUSANNE.

Conocimos la ciudad; pero sintiéndose cansada mi hermana, no fué al hermoso castillo de Chillón. De interés es conocer allí el sitio donde habían sido torturados, de la manera más cruel, 10 políticos de esos tiempos.

Nos mostraron el sitio de las guillotinas, donde los arrojaban a los pozos, el lugar donde los torturaban.

Conocimos también el lugar donde declamaba sus poesías, el poeta Byron.

Yo me sentía satisfecha de haber entendido a la perfección toda la conferencia dictada por una francesita, que hablaba con acento nítido, claro, del mejor francés. Mis compañeras se estaban algo molestas por no entenderlo bien; pero, no se puede ir a Francia y, estoy convencida de ello, sin poseer bien los idiomas. Yo estoy por eso muy agradecida a mis padres, que nos enseñaron estos idiomas, sin sospechar que íbamos a resultar tan viajeras.

PARIS.

Siempre, después, de nuestros viajes, llegábamos a este punto y cabalmente a la casa de la rue Hamelin, donde dejábamos también nuestras maletas. No encontrábamos otro lugar más barato y más cómodo..

Sentía yo un hastío y un desasosiego que me obligaba a pensar que París no era para mí.

Llegamos en el mes de Septiembre, con un calor que creo

e podría comparar con el del Infierno. Yo venía con fiebre. Llegando a mi cuarto sentí un aire pestífero y nauseabundo, por lo que pedí a la señora me cambiase de cuarto; pero ésta no accedió. Sentí en la noche fuertes pesadillas... sueños con mi madre, que con fuerza imperiosa me ordenaba no estuviese un momento más allí por ningún motivo. El corazón me hablaba fuerte, lo que seguramente, como se verá después, era al vez la voz del ángel de nuestro viaje.

Amanecí con muy mal semblante, por lo que comencé a preparar viaje a nuestra patria. Viéndome con ese calor y esa fiebre resolví a toda costa abandonar a París y dirigirme a Londres.

París nunca me había gustado y mucho menos ahora que reinaba en él un calor infernal. Consulté mi determinación con mi hermana; pero ésta no quería gastar más. Me respondió que no iría. A esta determinación ayudó el consejo de algunas chilenas que también estaban en la pensión. Arreglé mis pasaportes y a pesar de mi enfermedad, decidí partir aunque fuera sola.

Ya estaba todo listo y arreglado con gran sorpresa de mi hermana, que me veía de tan mal semblante y enferma.

El tren a Londres salía a las doce. Me despedí de ella pues mi resolución era como si viniera de lo alto. No trepidé un momento. Al despedirme de mi hermana (ésta me lo confesó, quedó asustada por lo enferma que me veía y por lo sola que me veía emprender el viaje), me dijo estas palabras que nunca olvidaré, palabras que me auguraron bendiciones y que se realizaron al pie de la letra. "Que el Angel te acompañe". Efectivamente, más muerta que viva, tomé el tren a las doce de la noche. Me topé con una jovencita inglesa en la estación que me dijo :—"No tema, señorita, hacer el viaje sola a Londres, pues los ingleses son personas muy educadas", y dijo la pura verdad.

Con sólo el cambio de aire en el trayecto, ya mi organismo se sentía más refrescado de la fiebre. Eso me demostraba que en tales condiciones no podía estar ni un día más en París.

"Hoy mismo" había oído en sueños claramente".

LONDRES.

Con mi fiebre que llevaba no me daba cuenta de nada ni de mi llegada al Támesis, ni siquiera pensé cómo bajar, pues estaba como dormida por la enfermedad y la alta temperatura.

Un inglés al verme en ese estado, se hizo mi guía y me señaló donde tenía que descender. Como le agradeciera su amabilidad, me dijo cortesmente: "Cumpló con mi deber no más". Primera providencia.

Al desembarcar y tal vez viendo mi semblante tan desfigurado, el jefe de la estación, un simpático caballero, al pasarnos la revista del carnet y permiso para nuestra estadía, puso su mano sobre mí diciéndome estas paternales palabras: "Be quite lady for you amonth".

Me quedé maravillada, pues, a todos los demás les decía: "Unos pocos días". Esto quería decir quédese tranquila, señora, puede quedarse un mes". Feliz complacencia.

Llegué a Londres y desde el principio vi la maravilla de ese pueblo educado, simpático y amable, empezando por el guardián de servicio. Como iba yo cansada con mi maleta a cuestas, éste me sujetó del brazo hasta que llegó el vehículo y me designó el lugar donde debía ir y bajar.

Llegué a un hotel y no encontrando hospedaje, seguí mi camino. Me dieron una buena dirección de las Monjitas de San Vicente. Una inglesita encantadora me acompañó ella misma hasta la iglesia de Saint James. Como iba en ayunas y preparada para comulgar, lo hice. Esa fué mi primera acción en una ciudad en que iba a ser tan favorecida por la Providencia. Allí mismo me encontré con una amiga chilena que se sorprendió al verme y me dijo: ¿Sabes que anoche soñé que tú habías venido? ¡Curioso el caso. Como ésta no estuvo amable, me volví con la monjita. Al llegar me dió un rico desayuno; le pregunté su precio:—Nada, absolutamente nada, me dijo.

¡Qué diferentes de la gente de París! pensé en el acto.

No bastó esto. La monjita, viéndome tan enferma, quiso ella misma llevarme al hospital francés y después de una hora de espera, me dejó sola un momento. Vino el doctor con la enfermera. Ambos muy poco amables, pues me trataron con

desprecio, viéndome sola, desfigurada y para más, extranjera.

Me pusieron en la boca el termómetro y no encontrándome bastante fiebre no me hospitalizaron. Replicó el doctor con un modo terco y duro "Tien poca fievre; prenez un purges. Yo le contesté con firmeza y aplomo al mismo tiempo: "Je ne prendais pas de purges, parce ils me font mal".

—"Vous prendai parce que le docteur ordonne.

No le hice caso, pues por un doctor chileno sabía que me eran funestos los purgantes.

Fué un favor que me hizo rechazándome, pues, como no conocía mi mal, me habría empeorado más. Me cobró mala voluntad sobre todo, sabiéndome chilena.

Después de andar a vueltas en Londres con la monjita a cuestas, llorando por mi malestar, arrepentíase ella de haberme dejado sola en ese momento, claro sin culpa alguna de su parte, me pidió que al llegar a mi patria le escribiera; nunca lo hice. . . Me despedí de ella y seguí trotando en busca de un albergue, sola con mi maleta.

Recuerdo que al ver mi semblante un chico de Londres se asustó y escapó. Eso me impresionó mucho.

¿Cuál no sería mi sorpresa nuevamente al preguntar a una señora dónde podría alojar y oír que esta se secretó con otra, diciéndole que me atendiese mucho y que me llevase a tal hotel y me buscase dónde alojar, pregunté qué influencia tenía esa señora. Ninguna, me respondió mi acompañante, es el natural corazón que tiene el pueblo inglés.

Me condujo a un hotelito. Decididamente andaba con pésima suerte, pues, la dueña me salió muy terca y desagradable. Viéndome enferma y necesitada de comida y de cuidados especiales, me escribió pidiéndome el cuarto. Tuve que retirarme. La misma modesta señora que me había llevado al hotel me invitó a su casa. Yo acepté, creyendo estaría bien; pero luego me cercioré, después que salí de mi letargo que me estaban explotando y les avisé que me retiraba.

El Jandsome que tomé para mis trajines, me salió carísimo, un ojo de la cara.

Ese día era Domingo y la dificultad sería grande de encontrar en un pueblo protestante, una iglesia católica, empecé a

andar de arriba a abajo y siempre me decían:—Allí señora **Católica Church**.

Entré a una, creyendo que era católica, pero pasé por ella como caballo de invierno, sin hacer siquiera ni una genuflexión y acercándome a un pastor de esos de servicios, le pregunté por la iglesia. Este mismo con conciencia, me señaló la puerta, diciéndome: *That is not for you*. Protestantes son, pero buenos.

Salí como entré y llegué a la buena iglesia que el me señaló, en **Fullhan Steret**. Recuerdo bien que casi llorando me encomendé a Santa Teresita, ante una imagen suya. Sus hermosos ojos parecían llorar conmigo. ¡Con qué fe pedí!

Fuí a la sacristía. La Providencia me esperaba allí. Le pregunté a una inglesita que se ocupaba de sociedades, por la capilla y ésta me encomendó al sacerdote. Hablé con él, no recuerdo su nombre. Este al decirle lo que yo necesitaba, me envió donde un doctor para que me alojaran a unas monjas españolas. El doctor me atendió muy bien; pero con todo, recuerdo que me dijo: Si Ud. hubiese quedado en París con el fuerte calor, tal vez le habría sobrevenido en dos días más **Septisema**. ¡Con qué razón salí de París, siguiendo ese impulso y esa voz que había oído tan fuerte en mi corazón. ¡Designios de Dios!

Llegué a casa de las **MONJITAS ESPAÑOLAS**; pero éstas no tenían como alojarme y me enviaron a las monjas **Sacramentinas** en la calle **Brompten Square**. Me recibió la superiora, llamada María, quien me dió un alojamiento en una hermosa casa. El cuarto era regio y sumamente barato. Lo único que me pidió fué que no asistiese allí a misa, pues estaban muy estrechas. Edificaban su capilla. Iba al **Oratory** una iglesia que estaba al frente, muy devota. Oía misa y me confesaba también en inglés. Aquí no me fastidiaban con esa insistencia de Francia: *Pour les chaises, pour les pauvres*. Si una quería daba no más. ¡Qué encantadores fueron para mí esos días! Estuve admirablemente bien alojada y mejor alimentada. ¡Qué corta fué mi estadía en Londres!

No sabiendo como tenerme en esa ciudad y a pesar de lo enferma, quería ir al cónsul y conocer Londres. Empecé sola mi camino. En una **Street**, me encontré con una señora que

parecía una niña muy buena moza. Me dirigí a ella, preguntándole en inglés, si quería decirme la dirección de este cónsul. "Soy extranjera, no conozco nada".

¡Qué fortuna fué para mí el haberme encontrado con tan amable persona! ¡Cómo recordé entonces las palabras que me había dirigido mi hermana al partir de París "Que el Angel te acompañe".

Difícil era dar con las direcciones, pues por los continuos cambios de residencias, éstas se habían extraviado.

Después de despedirme de ella, me dijo: Hoy a las once estaré en su casa.

Acostumbrada yo a las faltas de palabras y a las fallas de citasiones no le creí, y a esa misma hora salí.

Cuando llegué a mi hermoso alojamiento en que estaba rodeada de buenas señoras inglesas, de voluntad de oro para conmigo, me dijeron: "Señorita, vino a verla la señora Lina Trollope, y sintió no encontrarla. Le dejó estas direcciones".

"Hombre prevenido, nunca fué vencido", se dice. Yo le había pedido su dirección. En el acto me fuí al Elm Place Street número 4. La encontré efectivamente. Le pedí mil excusas y quedó de palabra en volver al otro día. Nunca más faltamos a nuestros compromisos. Se dedicó, como ángel mío, a hacerme conocer todo lo que ella podía. Fuimos donde el cónsul primero. Allí nada saqué en limpio.

Quiso mostrarme el palacio del Rey o de la Reina Victoria, pero nos impidieron la entrada. Visitamos un brazo, que creo era el de Saint James. Ibamos a las tiendas, donde me encontré trajes baratísimos y buenos y lindos sombreros por poco precio. Me llevó a los hospitales y me pagaba hasta los autobuses, aplaudiendo cuando había subido sola a uno de ellos unas veces que no pudo acompañarme. Yo estaba verdaderamente emocionada con tanta amabilidad. Era notable su esbelta figura, alta y rubia. La encontré algo parecida a una pariente mía de Santiago. Le insinué yo que cambiase de religión, pero no accedió a ello. Quizá esté en buena fé.

Me agradaron mucho los ingleses: los guardianes con sus buenos modos, los empleados de las tiendas con su cortesía.

Me llevaron las amigas de donde vivía, a conocer la catedral de Westmister. Subimos hasta la cima de la torre, desde donde se veía todo Londres.

Llegaba el momento de mi partida de ese sitio encantador, porque ya mi bolsa se había vaciado. Le había escrito a mi hermana a París que mientras no tuviese sino cinco francos, me quedaría en Londres, estaba encantada, en esa ciudad. La Providencia únicamente se había encargado de protegerme.

Mi amiga Trollope, me trajo de recuerdo un lindo naipe y me hizo las primeras clases de bridge. Lo conservo guardado en la maleta y a pesar de que alguien me lo ha pedido ni siquiera se lo he mostrado. Al despedirme de ella y de las monjitas, se me llenaron los ojos de lágrimas. Por mí creo hubiese quedado siempre allí. Si mi hermana hubiese ido no habría querido volverse más ¡Tan agradable es esa ciudad!

VUELTA

Mi hermana me esperaba para embarcarnos, pero antes quisimos ver al doctor, y que me diese un régimen para el vapor. Este me encontró tan mal, que me dijo que no podía embarcarme; me creía con principios de tisis; todo equivocación. Me hicieron grandes exámenes; me hospitalizaron en el hotel Dieu; pero fué un fracaso. Si no hubiese sido por una duquesa chilena, como he referido, me habrían operado. Esta me recomendó al famoso doctor Carnot.

Mi hermana estaba muy cansada de ir a verme y me dejó sola. De vez en cuando me acompañaba una señora pariente mía chilena, que la llamaron: "La dame jolie", me venía a ver a menudo, pues, todas las demás se estaban aburriendo. Venía también, y ésta estuvo más constante, una artista chilena, que me acompañó hasta que salí del hospital, ayudándome a pedir rebaja del hospital. Viéndome extranjera, quisieron hasta explotarme, pero sin que ellos se dieran cuenta me rebajaron hasta lo más barato que se pudo.

El padre del hospital se condujo muy bien conmigo, con-

solándome en mis penas. Me dijo que no tenía que haber ido allí. Que me había equivocado.

Un pariente mío, al saber que había sido víctima de un robo en una cantidad notable de francos y visto mi mala salud, me escribió desde Berlín, donde él era cónsul, aconsejándome volviere a mi patria. Yo estaba resuelta a hacerlo, pues, el santo clérigo chileno, señor Domeyko, a quien escribía a menudo, me contestó que juzgaba prudente mi venida a Chile.

Después de grandes trabajos y especulaciones de un amigo chileno para embarcarnos, nos preparamos con mi hermana y nos dirigimos a la Palice. Tomamos el vapor inglés "Orbita", en el que nos volvimos con la protección del Cielo, con toda felicidad a Chile.

Venía yo muy enferma. En París no había podido atinar con mi mal. Consulté a mi llegada con un buen doctor chileno, quien, después de un solícito estudio, y de remedios y de cuidados, me sanó, a pesar de que siempre he quedado con mi predisposición.

Llegando nos hospedamos, cabalmente en las monjas de la Providencia, esta Providencia que tan palpable hemos sentido en nuestras largas peregrinaciones por tierras lejanas.

FIN